

sioneros, y entre ellos estuvo para ir el General D. Eugenio Alvarado, y los llevaron á Lisboa, donde se hallaba el General Balanza, que había sido sorprendido antes en Valencia de Alcántara, cuando improvisamente entraron en la ciudad los portugueses. He oído que su proyecto era dirigirse á Braga para tomar cuarteles de invierno y tener interrumpida la comunicación de las provincias del Norte de Portugal con su capital; pero parece hubiera necesitado no poco para que en esta posición no interceptasen la suya con España, siendo penoso y sin auxilios, y teniendo enemigos por ambos lados.

A la verdad, para la conquista del Portugal, el proyecto mejor es el más rápido, y contra Lisboa, por mar y tierra, sin lo cual, difícilmente podrá conseguirse. Pero séase lo que se fuese de la verdad del plan de campaña supuesto al Conde de Aranda, la seguridad de la paz le impidió emprenderle y pasar más adelante, y así empezó á hacer desfilar las tropas hacia Valencia de Alcántara, Badajoz y Alburquerque, donde se estableció el último cuartel general de la campaña. Un destacamento fuerte de más de 6.000 hombres, y entre ellos mi regimiento, á las órdenes del Teniente general, Marqués de Villafuerte, pasó el Tajo por Herrera sobre planchones, hechos de corchos reunidos, que formaban una plancha de menos de cuatro varas en cuadro. En cada

una de ellas iban arrodillados cuatro ó seis soldados, y á las puntas se habían puesto las cuerdas de los campamentos, que estaban dos de un lado y dos de otro, del río para dirigirlos. La caballería pasaba en pelo y á nado con los hombres encima, pues sólo había una pequeña barca, en que no hubiéramos pasado en tres días. A no haber tenido al otro lado un campamento nuestro en el lugar español de Herrera, no era posible haber intentado de este modo este singular y atrevido paso del río. Con todo esto, y que la corriente era muy rápida (pues el río estaba entre dos montañas altas), sólo sucedió una desgracia de un granadero de mi regimiento, que, yendo en la barca, llevaba por la brida un caballo, y por quererle sujetar, le hizo caer en el río, cuya rápida corriente le hizo desaparecer luego.

Estando el cuartel general en Alburquerque, intentó el Conde de Aranda sorprender á Campo mayor, y desde Badajoz salimos á hacer lo mismo con Olivenza, á las órdenes del General Muniain; pero, estando ya en marcha sobre el glasis, se supo haber entrado socorro en dichas plazas, con lo cual, y la noticia de estar ya concluída la paz, se suspendió el ataque y nos retiramos, sin que después hubiera ninguna operación en la campaña. Aunque en ella no hubo batalla ni encuentro alguno de consideración,

con todo, se perdió mucha gente por las enfermedades. Los lugares los hallábamos abandonados y sin provisión alguna, y lo que dañó mucho fué el calor excesivo y el mosto, de que usaban con exceso los soldados, y con el cual se quemaban los intestinos, como lo hizo ver la autopsia de los cadáveres. La caballería padeció también mucho por la escasez de los forrajes. El Conde de Aranda obtuvo el grado de Capitán general luego que llegó á la corte, anteponiéndole al Marqués de Sarria, mucho más antiguo, cargado de edad, méritos militares, y bajo cuyo mando se hizo lo poco que dió de sí favorable la campaña. No es esto decir que el Conde de Aranda no merezca esta graduación; conozco su mérito, le he debido siempre mucha amistad y cariño, y no cedo á nadie en hacerle justicia y ser su amigo y apasionado; pero como el fin de la historia es la verdad y la instrucción, creo deber entrar en este detalle, para que el lector confronte los méritos y servicios y se acuerde de que el Rey consideraba, amaba personalmente y eligió al Marqués de Sarria para el mando, contra la opinión del Ministro, que no le era adicto y lo era de Aranda, y saque las consecuencias que pueda para su utilidad y para adquirir el conocimiento del mundo y de los hombres, que es lo que debe proponerse en su lectura. El Marqués de Sarria, lleno de virtud y hon-

radez, lo acreditó en esta ocasión como en todas.

Aunque en Portugal nada se había hecho que no fuese favorable para nosotros en la paz, no había sucedido lo mismo en América y en Asia, y las noticias de la América llegaron desgraciadamente antes de que se firmasen los preliminares, que mudaron enteramente nuestras desgracias.

Luego que los ingleses tuvieron noticia del proyecto del Pacto de familia, empezaron á hacer fuertes preparativos, y apenas vieron no podían impedirlo, marchó una poderosa escuadra, á las órdenes del Almirante Pokok, con 6.000 hombres de desembarco, que mandaba el General Albemarle, provistos de todo lo necesario para hacer un desembarco, cuyo objeto era la conquista de la isla de Cuba. El Conde de Fuentes, Embajador de España en Londres, dió aviso anticipado de estos preparativos, y S. M. envió por Gobernador de la Habana al general D. Juan de Prado, que tenía mucha reputación de valor militar, aunque no los mayores talentos. Una cosa es saberse dejar matar obedeciendo, y otra saber dirigir las operaciones de los otros. El clima de la Habana influyó sobre su salud, lo cual no dejó de contribuir á la lentitud de las providencias, y cuando los ingleses se presentaron sobre las costas, no podían persuadirse fuesen ellos. El jefe de escuadra, Hevia, se ha-

llaba en el puerto de la Habana con nueve navíos de línea de á 70 cañones y cuatro fragatas, y si éstas fuerzas se hubieran unido á las francesas, como lo propuso á D. Juan de Prado el Gobernador de las islas francesas, hubieran podido atacar á los ingleses en su marcha y desvanecer la expedición. Pero D. Juan de Prado, falto de medios para su defensa, tenía todas sus esperanzas en los que podría suministrarle la escuadra, y así no convino en su salida, y cerrando la entrada del puerto con tres navíos que echó á pique, inutilizó el resto dentro de él, y empleó su artillería, tropa y marinería en la defensa de la plaza, y, sobre todo, en la del fuerte del Morro, que domina ésta y todo el puerto, y contra el cual dirigieron los ingleses su ataque. Confió su defensa á los oficiales de marina Velasco y González, que le defendieron vigorosamente veintinueve días. El General inglés, aburrido de tanta constancia, resolvió poner una mina para facilitar el asalto de la brecha, con ánimo de reembarcarse si no lograba su intento. Pero, por desgracia nuestra, pudo conseguirlo. Hizo volar los hornillos á eso de las dos de la tarde, mientras la hora de comer, y apenas se oyó su ruido, que un sargento de granaderos de los ingleses se halló sobre la muralla, mató la centinela, y cuando acudieron los que estaban comiendo, ya le había seguido, aunque á la des-

filada, su compañía, y fué inútil toda resistencia. El Gobernador, D. Juan de Prado, que se veía dominado, tuvo que rendirse el 13 de Agosto, con toda la escuadra que estaba en el puerto, en el cual, no obstante la pretendida cerradura, entró sin dificultad toda la inglesa. Esta, á pesar de los temporales que suele haber en aquellas costas, logró el tiempo más feliz y sereno durante la mansión que hizo sobre ellas. El Gobernador, que no sólo lo era de la plaza, sino de toda la Isla, hubiera podido y debido retirarse y reforzarse dentro de ella, y aguardar que el clima y la fatiga, de que ya se resentían los ingleses, los hubiese debilitado aún más, para caer sobre ellos y hacerse nuevamente dueño de la plaza, y cuando no, hubiera conservado á lo menos aquella dilatadísima Isla; pero, temeroso de un saqueo de la ciudad, todo lo entregó, y perdió en un mal momento el crédito de toda su vida. Un consejo de guerra, presidido por el señor Conde de Aranda, examinó su conducta y la de los demás oficiales, y le condenó á muerte; pero S. M. le hizo gracia, y le permitió se retirase á un lugar á su arbitrio, y habiendo escogido el de Vitigudino, en Castilla, acabó allí sus días pocos años después. S. M. mandó se diese el nombre de Velasco á uno de los navíos de la escuadra, que lo conserva, y la familia de González tomó el título de Conde del Asalto,

que en el día tiene su hermano, Teniente coronel de guardias españolas. Ambos oficiales murieron valerosamente en la última defensa del castillo; pero es lástima que no haya sido una victoria, y no una *toma*, la que perpetuase el nombre de un asalto desgraciado.

Dirigieron los ingleses otra expedición contra Manila, capital de las islas Filipinas, y de las cuales se hicieron igualmente dueños, después de una corta resistencia, pues no esperaban semejante ataque. El Arzobispo, que es quien, por falta del Gobernador, mandaba la plaza, hizo aún más de lo que podía esperarse; pero se rindió prisionero de guerra con la guarnición, y para salvar la ciudad de un saqueo, ofreció cuatro millones de pesos, que no tenía. Los ingleses los han reclamado después; pero como el Arzobispo no estaba autorizado á esta oferta, y que los ingleses tomaron cuanto pudieron, como si no la hubiera hecho, el Rey se la ha negado constantemente, y habiéndose sujetado á la decisión del difunto Rey de Prusia, de acuerdo con la Inglaterra, se declaró éste contra ella, dando la razón al Rey Carlos, y desde entonces no ha vuelto á tratarse del asunto. A más de esta victoria, tuvieron también los ingleses la fortuna de apresar un galeón de Acapulco que llevaba tres millones de duros en dinero y efectos.

La nobleza de Mallorca, Cataluña y Valencia

ofreció al Rey defender sus costas, y S. M. les manifestó su gratitud por el celo con que querían sacrificarse en defensa de la patria.

La noticia de estas victorias tan remotas no llegó por fortuna á Europa tan presto como la de la toma de la isla de Cuba, que causó tanta alegría en Londres como consternación en las Cortes de España y Francia. Estaban ya convenidas en las condiciones de la paz; pero esta novedad mudó mucho el aspecto de las cosas. Con todo, el Duque de Choiseul, Ministro de Francia, y el Duque de Bedford, pudieron, no obstante, conciliar las pretensiones recíprocas, de modo que la paz se firmó en París el 3 de Noviembre de 1762. El Rey Carlos, habiendo tomado las armas sólo por restablecer la paz de la Europa, escribió al Marqués de Grimaldi, su Embajador en París: *Más quiero ceder de mi decoro que ver perecer á mis pueblos, pues no seré menos honrado siendo padre tierno de mis hijos.*

El tratado de paz consta de 16 artículos. Por él cede la Francia á la Inglaterra el Canadá y Cabo Bretón. Los ingleses restituyeron á la España la isla de Cuba, y en cambio les cede la España las Floridas hasta el Missisipí. La Francia restituye á Mahón, y da á la España, por esta pérdida de las Floridas, que le ha resultado de haber sacado la cara por ella, la provincia de la Luisiana. La España restituye

al Portugal todas sus conquistas en el estado en que se hallaban, y las conquistas que pueden haberse hecho, y de que aún no hay noticia se restituirán igualmente á sus respectivos dueños. De este número fué Manila, y las islas Filipinas, y la colonia del Sacramento, tomado á los portugueses por D. Pedro Ceballos, que mandaba la provincia de Buenos Aires.

Poco antes se había concluído la paz entre la Casa de Austria, la Prusia y Sajonia. De esta guerra cruel y sangrienta, que duró siete años, sólo resultaron desgracias y empeños, sin ninguna ventaja para las potencias beligerantes, que se restituyeron todas sus conquistas. El Rey de Prusia se vió en las posiciones más críticas, y de que sólo su talento y pericia militar pudieron sacarle, porque obraba por sí, ajeno de toda responsabilidad, pues á haberla tenido, y á no conocer el poder de su ejemplo, no hubiera tomado sobre sí el arriesgar lo que arriesgó muchas veces. Declarada contra él la Rusia, le era casi imposible resistir á tantos enemigos; pero la muerte de la Emperatriz Isabel I le dió un aliado en este enemigo. El Emperador Pedro III le restituyó todas sus conquistas y le dió auxilio contra la Casa de Austria. Este Soberano miraba al Rey de Prusia como si lo fuera suyo, vestía su uniforme, y éste y otros procederese semejantes fueron en gran parte la causa (ó á lo

menos el pretexto) de su deposición y de su muerte. La Emperatriz Catalina II, que subió al Trono de Rusia, hizo retirar sus tropas, y abrazó una neutralidad prudente, que contribuyó no poco al restablecimiento de la paz.

Concluída ésta, recayó la elección de Rey de romanos en el Archiduque Josef, primogénito de la Emperatriz María Teresa. Poco después de esto murió el Rey de Polonia, Elector de Sajonia, penetrado de dolor de ver las ruinas y desastres que había ocasionado en sus pueblos esta larga é inútil guerra.

Esta noticia afligió mucho el ánimo del Rey Carlos, su yerno, cuyo corazón era muy sensible, y amaba toda la familia de su mujer como propia.

Es de desear que los Soberanos reflexionen bien sobre las utilidades de las guerras, para que conozcan cuánto deben estudiar el evitarlas sino quieren hacer infelices los pueblos que la Providencia ha puesto á su cuidado.

Acabada la guerra, D. Ricardo Wall, Ministro de Estado y Guerra, hombre de talento y amable; pero nada ambicioso ni amigo del trabajo, solicitó del Rey su retiro, pidiéndole el gobierno del Soto de Roma, que está inmediato á Granada y es un paraje delicioso, donde deseaba acabar sus días. S. M. se lo concedió, aunque con repugnancia, por la que tenía á ver se le

separaban las personas en quienes tenía confianza, y para probárselo, le dijo le permitía su retiro con tal que todos los años viniese á hacerle una visita á Aranjuez, lo que hizo hasta su muerte, conservando la amistad tan apreciable de un tal Soberano. Los amigos del Ministro, que sentían por sí su separación, le predicaban contra ella, diciéndole estaba aún en estado de hacer muy buenos servicios; pero él les respondía en filósofo cristiano: *Yo conozco estoy ya en visperas de chochear, y, cuando yo no lo conozca, lo conocerán los otros, y el mal no tendrá remedio.* Esta es una buena lección para los Ministros ambiciosos y vanos. El fué tan poco uno y otro, que supo dejar en tiempo su empleo, y que no obtuvo en él en los ocho años que le sirvió ni distinción ni pensión alguna, contentándose con un retiro muy moderado, y habiendo rehusado el Sancti Spiritus cuando se concluyó el Pacto de familia. El Marqués de Grimaldi, Embajador entonces en París, le sucedió como Secretario de Estado, y el Marqués de Esquilace en el departamento de la Guerra.



CAPÍTULO II

Desde la paz de 63 hasta la conclusión de la primera expedición de Argel.

MECHA y ratificada la paz en 63, aplicó el Rey Carlos todo su cuidado en reparar las grandes pérdidas que había hecho en sólo seis meses de guerra, sobre todo en su marina, y desde luego empezaron á construirse gran número de buques, no sólo en los tres arsenales de Cartagena, Cádiz y Ferrol, sino también en el de la Habana, cuya plaza se ha fortificado á toda costa, de modo que no hay en Europa fortificación más magnífica que la de la Cabaña y la del Morro, que la defienden. Los habitantes de la Luisiana repugnaban pasar al dominio español, y para reducirlos hizo S. M. pasase á ella el Mariscal de campo D. Alejandro O Reilly, que lo consiguió, y cuya conducta